

El materialismo y la literatura.

Entre el auditorio que se ha reunido aquí esta noche, obedeciendo á las invitaciones de *Foi et Vie*, tal vez no conozca más que á quince ó diez y seis, y sin duda por reciprocidad la mayor parte de los que me escuchan no me han visto jamás ni jamás han oído hablar de mí. ¿Somos por esto extraños los unos á los otros? No por cierto. Me parece que somos como pasajeros voluntarios que, venidos de comarcas vecinas, se embarcan en el mismo navío para arribar á las mismas playas; estamos aquí vosotros y yo, los servidores de la sinceridad, los peregrinos de la verdad. Y queremos en nuestro viaje común dejar nuestras almas hincharse libremente bajo la caricia fecunda de la misma brisa que á través de una vida hecha de rudas necesidades y realidades viene á susurrar á nuestros oídos los consuelos, las alegrías y las esperanzas del ideal. Así, pues, ¿qué resultará de este encuentro destinado á durar algunos cuartos de hora? ¿Y qué resultará cuando nuestras vidas, un instante unidas,

vayan á separarse para no volver á unirse jamás? Pregunta amarga, os lo aseguro, impregnada de melancolía para aquel que tiene la responsabilidad de entreteneros; pregunta que con hacerla tan sólo, me merecería toda vuestra indulgencia; pregunta que yo me hago todos los días desde hace algunas semanas, pensando en vosotros cada vez que sentándome á mi mesa de trabajo reflexiono acerca de la cita que nos hemos dado.

No creáis que hablándoos así estoy fuera del espíritu de estas reuniones ó fuera de mi asunto, pues que habiéndome encargado de hablaros del materialismo en la literatura, no puedo dejar de indicaros mi manera de pensar sobre un punto que voy á tener que tratar constantemente ante vosotros, á saber, la personalidad, la dignidad, la responsabilidad y, si puedo permitirme este barbarismo, la «integridad» del escritor.

Yo creo que el hombre en cuanto lleva á todas partes consigo la carga gloriosa de su alma, es un todo que, so pretexto de hablar ó escribir, no puede dejar dicha alma en un rincón obscuro de su casa y darle friamente su licencia como un cirujano separa del cuerpo un tumor sobre una mesa de operaciones ¡Ah, esto sería demasiado cómodo! Yo creo que si nuestras acciones se nos escapan una vez realizadas; no podemos, sin embargo, ver sus repercusiones con la mirada indiferente del niño que sigue en la superficie de las ondas los saltos de su

rebotar. Yo creo que la palabra es una acción, que el libro es una acción la más razonada de todas las acciones, la más formidable acaso y la más grande y la más misteriosa, puesto que esta acción que rebota y se multiplica es aquella por la cual pretendemos prolongarnos en el tiempo y en el espacio por mil hilos tenues salidos de nuestro corazón y de nuestro cerebro para llegar á mil cerebros y mil corazones diversos. Y esta responsabilidad que quiero para mí, y de lo que estoy orgulloso, aunque ciertamente no pueda augurar todo lo que inventara de impertinente el desconocido que me oiga ó me lea, esta responsabilidad pido se me diga cómo podría rechazarla aquel que (á pesar de todos los «distingos» de los teóricos del arte) escribe para que se le lea, ó habla, según imagino, para que se le entienda. ¿Cómo, sobre todo, puesto que el materialismo es otra cosa que la teoría del arte, puesto que es toda una concepción de la vida, cómo no hemos de tener el derecho de preguntarle: Por la literatura puesta al servicio de esta concepción de la vida, qué habéis hecho del arte, qué habéis aportado á la sociedad humana? «Una vez el libro impreso y publicado, no me interesa ya y lo olvido», ha dicho no ha mucho un simbolista, Regner. El conde de Mun le ha respondido en la Academia Francesa: «Muy bien; ¿pero nosotros?» Páreceme que este «¿Pero nosotros?» tan legítimo acudirá más de una vez á nuestros labios cuando preguntemos:

¿Qué es el materialismo en la literatura? ¿Cuáles son sus manifestaciones actuales? ¿Cuáles son sus responsabilidades y qué razones tenemos de pensar lo que pensamos de él?

Y para comenzar quiero disipar francamente algunos equívocos posibles. Anegados de vida, de movimiento, de belleza, de fuerza, de realidad (y vosotros sabéis cuánto hay de realismo en el arte francés de una parte, y en el arte protestante de otra), pero anegados también de poesía, de gracia y de fantasía, no aportaremos en esta excursión literaria ese espíritu grosero y de contención disgustante que los observadores superficiales del protestantismo se complacen en reprocharle; ardientemente convencidos de opiniones literarias razonadas, no las defenderemos con ese espíritu de intransigencia, seguramente valeroso, pero estéril, que llevó al Obispo Dupanloup á dejar la Academia Francesa para no tener que sentarse al lado del materialista Littré. El mundo no es una Asamblea del clero, por muy respetables y necesarias que sean las Asambleas del clero. «Yo no discuto jamás más que con gentes de mi opinión», me decía no ha mucho una señora de provincia que entendía con esto darme una lección sobre mis malas amistades. No, por Dios, no confundamos el materialismo con la chanza y el libertinaje, y por razones que Renan haya tenido para escribir: «Un materialismo grosero, que no estima las cosas más que por su

utilidad inmediata, tiende cada vez más á tomar la dirección de la humanidad», no tendremos la ingenua torpeza de creer en el acoplamiento fatal del materialismo y la grosería. Porque si ha correspondido al materialismo el rebasar en nuestra literatura los límites de la grosería física y de la grosería moral; si el prodigioso y contradictorio Diderot, que fué uno de los primeros en hacer salir el materialismo del dominio de la especulación filosófica y de la curiosidad mundana y hacerla entrar en la corriente de la literatura cotidiana y burguesa, no dejó (sobre este punto de la indecencia material y de la degeneración moral) nada que inventar á sus sucesores cuando escribió *La Religieuse* ó *Jacques le Fataliste*, no obstante, pensaréis que el poeta Lucrecio, apologista del epicurismo y del materialismo, ha escrito en su poema *De natura rerum*, algunos de los más nobles versos que se conocen. ¿Estimaréis que el filósofo materialista Hobbes, que el abate materialista Condillac, que el solemne y materialista Buffon, que el filántropo sutil y materialista Helvecio, que Lamettrie, inventor antes de los *Cuentos de Hoffmann*, de *L'Homme-Machine* y de *L'Homme-Plante*, que el mismo Holbach, autor del deplorable *Système de la Nature*, muerto por haber comido demasiado pastel de faisán trufado, fueron por ello hombres dedicados esencialmente á la satisfacción de los instintos groseros? E inversamente, para no salir del mismo siglo xviii, Vol-

taire, que se preciaba de espiritualista, ¿no deja de ser culpable de ese crimen que se llama *La pucelle d'Orléans*?

No confundiremos el materialismo con el realismo, con ese realismo probo, sincero, de buena ley que ha penetrado, nutrido y sostenido toda nuestra literatura clásica, tanto del siglo xvi como del xvii, realismo que ha dado una parte de su vigor tranquilo y fecundo á nuestro arte francés, tan varonil y tan bien proporcionado que hacía decir á Molière, con más razón que la que habría tenido Zola, esta verdad que Racine y Lafontaine hubieran refrenado: «No hay que abandonar de golpe la naturaleza.»

Y ante todo, considerando el vaivén de las doctrinas y de los procedimientos, y la ley perpetua é inevitable de la acción y de la reacción que en literatura, como en historia y en filosofía, arrastra en sus torbellinos á los espíritus y á las imaginaciones, queremos ver qué nueva riqueza ha aportado á nuestro patrimonio cada una de estas doctrinas. ¿No hay, según Shakespeare, un alma de belleza en las cosas malas? Y puesto que no existe un «arte» homogéneo y concreto, no confundiremos las «artes» entre sí, sabiendo que debe haber, y que hay efectivamente algo más en una tragedia ó en un poema que en el campo de legumbres que nos representa una naturaleza muerta, ó en el paisaje más encantador de Corot, pero bien entendido que

los más ilustres artistas han debido, á la llama de su espíritu, la parte eterna de su genio y la garantía de su gloria. Ayer aún uno de ellos (y no de los menos enamorados de la forma) Rodin, declaraba que á este espíritu, que es uno de los reinos de la naturaleza, es necesario hacer su lugar en el mundo y en el arte, porque (dice), «la experiencia lo manda». «El arte (escribía Hegel), es el espíritu que penetra la materia y la transforma á su imagen.» En fin, no confundiremos el arte con la ciencia y con la moral, porque sabemos que el arte, la ciencia y la moral no tienen ni los mismos fines ni los mismos medios; pero recordaremos, sin embargo, y no cesaremos de repetir que si el drama, si la novela, si el poema, quieren realizar su ambición de representar la vida, es preciso que la circulación espiritual y moral les penetre, del mismo modo que nuestra vida, para ser completa, debe estar interiormente armada de espiritualidad y de moralidad, sin que sea necesario para eso transformarla cada momento en sermón ó galimatías de Tartufo. Y, por lo demás, no es esto lo que se oía decir á nuestro gran Vinet, el que ha descubierto la miseria moral del siglo xviii, cuando demostrando cómo para explicar el deber es preciso remontarse por el *interior* al centro de los deberes, y cómo para explicar la vida es preciso remontarse por el interior al origen interior de la vida, recordaba este aforismo Labruyère, que indica, en medio de su paradojismo

moderado, qué camino cree ha recorrido el pensamiento literario: «Corregir es el único fin que debe proponerse el escritor.» Y Dumas (hijo), y no ya Labruyère, escribía hace cincuenta años en el prefacio del *Fils naturel*: «Toda literatura que no tiene á la vista la perfectibilidad, la moralización, el ideal, lo útil, en una palabra, es una literatura raquítica y malsana. La reproducción pura y simple de los hechos y de los hombres no es más que un trabajo de escribiente ó de fotógrafo.» Sabéis que para este último trabajo tenemos desde su «conquista» todos los recursos del cinematógrafo, y el arte es, en verdad, algo más que un cinematógrafo. Por lo demás, esta concepción de la vida interior, ¿cómo podría tenerla la literatura materialista, cuando en la filosofía materialista todo conspira á restringirla ó no entregarla? ¡Sistema estrecho, superficial, primitivo, aquel que llega á no ver en el pensamiento más que una función física parecida á las demás, á no reconocer más que la débil parte de la naturaleza revelada por la experiencia sensible, á no admitir, en definitiva, como principio de nuestras acciones, más que el placer y el dolor físicos, á castrar la voluntad y no concedernos más que una apariencia de libertad resumida en el solo placer de inclinarnos delante de lo que nos manda la mayor suma de nuestros deseos! Este supuesto descubrimiento de la unidad de las cosas, es, por decirlo así, la filosofía del re-

cién nacido antes que la primera sonrisa haya aparecido en sus labios. Y porque suprime de la vida todo lo interior, para no dejar subsistir más que la envoltura, el materialismo literario, continuación del materialismo filosófico, lejos de resolver ninguna cuestión, se contenta con suprimirlas todas. El materialismo que se declara muy sabio, es en el fondo prodigiosamente simplista. ¡Cómo! ¡Los miles y miles de siglos que supone la encarnizada ascensión espiritual de la humanidad no serían más que las etapas de ciertas reacciones químico-fisiológicas, y las conquistas de nuestras civilizaciones se resumirían en las modificaciones pasajeras de algunas células inevitablemente dedicadas á la destrucción! El materialismo no quiere ver el entrecruzamiento de los hilos, detrás de los cuales se prepara, sin embargo, y se resume todo el porvenir de la crisálida. No quiere pintar la naturaleza, puesto que se detiene en la apariencia de la naturaleza y en lo exterior de la vida, que aminora y desguarnece; absorbido en la definición exterior y superficial del ser, prohíbese á sí mismo escrutar las íntimas razones, y no conoce más que la apariencia de una naturaleza forzosamente implacable y el reflejo de una vida siempre vista desde los mismos aspectos.

Así, pues, hasta cuando se apodera de uno paradójico prurito de reformas, á semejanza de aquel filósofo, al cual Madame Drudeffand, imprudente-

mente decía: «Bravo, querido, tenéis el valor de decir el secreto de todo el mundo»; hasta cuando se templa el horror con lágrimas y prosopopeyas de virtud; hasta cuando se grita como los escritores del siglo XVIII: «¡Queremos honradez, honradez, honradez!», el materialismo está implícitamente condenado á fugios, á la contradicción, á la imperfección, al error, y la perseverancia voluntaria en este error, que constituye precisamente su inmoralidad. ¿La idea de reforma moral, de reforma social, de progreso y la idea de materialismo? ¡Pero si en su esencia profunda son el antípoda uno del otro! Nacido de la apariencia y pretendiendo vivir, el materialismo muere, como todo lo que se contenta con la apariencia. Se engaña á sí mismo y nos engaña sobre lo que puede. Es la más gigantesca y la más engañosa y la más estéril ilusión de que podamos ser víctimas. A pesar de lo que declara está más bien al servicio de las pasiones que al de la observación, y al servicio de los sentidos antes que al de la ciencia. Helo ahí sujeto al sensualismo é incapaz de moderarlo. ¿Diréis que el sensualismo es la naturaleza entera? Falto de aparato filosófico y de jergas de escuela, el sentido común está ahí, sin embargo, para gritar: «¡Jamás!» Una niña á quien preguntaba el otro día cuáles eran sus ocupaciones favoritas, me respondió: «Comer, leer y pensar.» ¡Ah, ella, á pesar de su ignorancia, sabe mejor el secreto de la naturaleza que los pontífices

del materialismo! ¡Cómo por instinto era refractaria á la ilusión materialista! ¡Cómo en su sencillez era espiritualista original más cerca de la verdad natural que aquél que en la cólera de su sensualismo romántico naturalista, gritaba: «¿Cuándo la naturaleza prepara sus modelos del arte?» En el momento en que los hijos lloran alrededor del lecho de un padre moribundo; en que una madre descubre su seno y conjura á su hijo por los pechos que le han alimentado; en que un amigo corta su cabellera y la extiende sobre el cadáver de su amigo; en que éste le sostiene por la cabeza y le lleva sobre su hoguera, que recoge sus cenizas y las entierra en una urna que en ciertos días va á visitar y riega con sus lágrimas; en que las viudas, despeinadas, se desgarran el rostro con sus uñas si la muerte les ha arrebatado un esposo; en que los jefes del pueblo, en las calamidades públicas, posan su frente humillada en el polvo, rasgan sus vestidos en su dolor y se golpean el pecho; en que un padre toma en sus brazos á su hijo recién nacido, lo levanta hacia el cielo y ruega por él á los dioses; en que el primer movimiento de un hijo, si ha dado á sus padres y los vuelve á ver después de una larga ausencia, es el de abrazar sus rodillas, de esperar prosternado su bendición; en que las comidas son sacrificios que comienzan y que acaban por copas llenas de vino y derramadas sobre la tierra...» ¡diréis que en este paraíso artificial del arte,

así definido por Diderot, hay holgado lugar para la sinceridad de la vida interior, y que toda la batahola de esta pompa pagana y de mal gusto, queda reducido á esto: el nacimiento, la vida, la muerte, vale decir: ¡la naturaleza!

La filosofía y la literatura materialistas habían nacido entre nosotros en el siglo XVIII, cuando la ciencia, en nombre de sus primeros balbucesos, creía tener el derecho de reformar el mundo, y era natural que esa literatura y esa filosofía, que se figuraban resumir la ciencia, hiciesen una gigantesca irrupción á mediados del siglo XIX, cuando la ciencia se creyó apta en nombre de su real dilatación para dominar el mundo é intentar hasta el modo de tiranizarlo bajo las especies del «cientificismo». Y de hecho este vértigo de poder no era muy sorprendente: tan nuevas y maravillosas parecían todas las cosas. Pero puesto que en la misma época la novela transformada por la doctrina realista se proponía no describir más que la vida cotidiana y común, era no menos natural que en una sociedad cada día más democrática y en la que la influencia de las ideas por el teatro y la novela aumentaba en razón del número cada día mayor de los espectadores y de los lectores, el materialismo quisiera aprovechar estas transformaciones para penetrar, por el teatro y la novela, una sociedad que adúlaba las pasiones, los intereses exteriores y la pereza instintiva del espíritu; puesto que dominaba toda

la materia, ¿no nivelaba todo, no excusaba todo, no nos dispensaba á todos de la reflexión, del remordimiento y del esfuerzo?

El romanticismo, nacido de la rebelión contra la frialdad imperiosa, el agotamiento y la mentira del falso clasicismo, había querido hacer en el arte una revolución como la que otros habían hecho en la vida social, tanto más cuanto que aportaba el encanto de la fantasía, el ardor, el gusto del sentimiento, el individualismo... y mucho desorden. Con Balzac, que afirmaba que «un libro debe entretener ó instruir», se había entrado en la precisión de la observación real y en la profundidad de lo que me permitiréis llamar la mirada psicológica. Sin duda que á este dualismo premeditado y verídico debemos tantas obras maestras imperecederas, bien que de pasada cúpleme indicar la parte de materialismo práctico que se podría encontrar disimulada bajo la etiqueta de ese tradicionalismo, de ese catolicismo y de ese realismo que Balzac tenía costumbre de ostentar.

Era imposible no llegase un día en que á la exuberancia y á la intemperancia romántica, verdaderamente fastidiosas, se opusiese un dique, porque á la larga no se puede uno contentar con vivir siempre en la quimera y en lo irreal. No ignoráis cuál fué la misión del «realismo», cristalizada en Flaubert, y la de los poetas del Parnaso, cinceladores prestigiosos é incompletos de las be-

llas formas impersonales. «El hombre no es nada, la obra es todo (decía Flaubert); el hombre debe olvidarse á sí mismo». Fué aquella la hora «del arte por el arte», de la pretensión á la exterioridad, á la impasibilidad soberbia y despiadada, puesta por condición única de la sinceridad. «Tal es (decía Saint-Beuve) la última palabra de la experiencia; no se pregunta: ¿esto es moral?, sino: ¿es esto verdadero?» Semejante esfuerzo, muy noble é igualmente incompleto, porque estaba basado sobre un desdoblamiento ficticio de la personalidad humana, debía, como el romanticismo, durar apenas treinta años, como si en treinta años el esfuerzo de una generación de pensadores y de artistas se agotase y exigiese ambiciones y fórmulas nuevas. Acaso recordaréis la altivez aristocrática y un poco despreciativa de Leconte de Lisle:

Como un noble animal, herido, lleno de polvo,
Con la cadena al cuello, aullando al sol cálido de estío,
Pasee quien quiera su corazón ensangrentado
Sobre tu pavés cínico, ¡oh plebe carnífera!

Para poner un fuego estéril en tu ojo embotado,
Para mendigar tu risa y tu piedad grosera,
Desgarre quien quiera el vestido de luz
Del pudor divino y de la voluptuosidad.

En mi orgullo mudo, en mi tumba sin gloria,
Dejándome engullir por la negra eternidad,
No te venderé mi mal y mi embriaguez,

No entregaré mi vida á tus lechuzas,
No bailaré en tu escenario vulgar
Con tus prostitutas y tus histriones.

Pero si ya en 1865, por su *Germinie Lacerteux*, en que están amontonadas «las mayores blasfemias contra las religiones de todas clases», y que no es bastante respetuosa con lo que Leconte de Lisle llamaba el «pudor divino», los Goncourt, «almas enfermizas é impresionables», como decían ellos mismos, inauguraron la novela anatómica, fisiológica y patológica, habían, por oposición al Parnaso, tratado de devolver al autor el derecho á la personalidad, insistiendo sobre la teoría del medio, y dada la primera fórmula de la novela naturalista, compitió á Zola, hacia 1870, pretender definir el naturalismo por entero. Cuando el naturalismo inglés, realista, cristiano y protestante había producido con Elliot y Dickens obras maestras de vida interior y de observación sintética; cuando el realismo ruso de Tolstoï y de Dostoiewski se alimentaba de espiritualidad, Zola, negando al naturalismo francés todo contacto psicológico, lo comprometió irremediabilmente en la causa materialista. No se puede decir que este golpe fuese un golpe maestro. Era hacer un triste servicio al naturalismo francés, ya demasiado impregnado de violencia y de dureza y demasiado inclinado á tomar por principio el malestar, que (como dijo Saint-Beuve), «no es un principio de belleza».

Zola redactó la partida de bautismo y prosiguió la tarea con toda la torpeza que implicaba su falta absoluta de tacto y de medida, con toda la violenta

pasión de un romántico que era en el fondo, con toda la presunción de la falsa ciencia; pero también con la tenacidad de un trabajador infatigable y no débil, por cierto. En verdad que nadie fué más apriorista que este sedicente experimentador, porque se declaró efectivamente «experimentador y materialista». Notad que aspiró á hacer la historia, la historia natural y social de una familia. No cabe querer ser más completo. Así advertidos, preparémonos á encontrar reunidos en él á un Taine, á un Cuvier ó á un Leplay, y sufriremos un desengaño; porque él no cree más que en la herencia brutal, nada más que en lo que él llama el «hombre fisiológico», que vive lo que él se atreve á definir «la vida total, universal, que va de un extremo á otro de la humanidad sin altos ni bajos, sin belleza ni fealdad», y en que todos los actos, lo mismo los del guardarropa que los de la alcoba, tienen el derecho «de ser sacados de la vergüenza en que se les oculta y puestos en la gloria bajo el sol». Tiene cuidado de decirnos por boca de uno de sus personajes que quiere «estudiar al hombre tal como es y no al hombre metafísico, sino al hombre fisiológico determinado por el medio y que obran bajo el juego de sus órganos...» ¡El pensamiento! ¡el pensamiento! ¡Ah, trueno de Dios! El pensamiento es el producto del cuerpo entero. Haced pensar á un cerebro sólo, ved en lo que se convierte la nobleza del cerebro cuando el vientre está enfermo. ¡No, esto es imbécil! La

filosofía no está allí, la ciencia no está allí, somos positivistas, evolucionistas. ¡Y conservaremos el maniquí literario de los tiempos clásicos! ¡Y continuaremos en desenredar los cabellos mezclados de la razón pura! Quien dice psicología, dice traición á la verdad. Por lo demás, fisiología, psicología, no significan nada; la una ha penetrado en la otra y las dos no son más que un mecanismo del hombre llegando á la suma total de sus funciones. Ah, la fórmula está aquí, nuestra revolución moderna no tiene otras bases; es la muerte de la antigua sociedad, es el nacimiento de una sociedad nueva, y es necesariamente el retoño de un nuevo árbol en un nuevo terreno... ¡Sí, se verá á la literatura resurgir en el próximo siglo de ciencia y democracia!

No ha sido necesario esperar «el siglo próximo» para «ver» y para juzgar. El siglo XIX, en su ocaso, era lo bastante mayor de edad para discernir que eso no era, de ningún modo, «fisiología», porque yo creo que no hay necesidad de ser médico para reconocer que la fisiología es una de las más admirables ciencias que existen cuando se contenta con ser «fisiología». En cuanto á mí, sé que si la fantasía me llevase á estudiarla, tomaría el camino de la facultad, del laboratorio ó del hospital, y no pediría al novelista que me instruyese en ella. Os aseguro que me parece prodigioso lo que nos falta de calma y buen sentido, hoy, que todo se embrolla á placer. Si la ciencia no está allí, como dice

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Zola, si la filosofía no está allí, ¿pensáis que el maniquí materialista esté allí y sobre todo que no sea traidor á la verdad y á la naturaleza? Ciertamente que, según el diccionario, quien dice «maniquí», dice «espantosa figura humana».

Puede ser, sin embargo, que todavía penséis en el encanto de un paseo bajo las sombras embalsamadas del Paraíso en *La faute de l'abbé Mouret*, en el estremecimiento misterioso de París, visto á la tarde, desde las alturas del Trocadero, en *Une page d'amour*, en *La conquête de Plassans* ó en *Germinial*, y no haréis mal, pues precisamente porque nada hay en estos paisajes y en estas visiones de supuesta fisiología, hay musa y poder y honradez. Pero citadme, os lo ruego sinceramente, un carácter que se levante, subsista y se imponga. ¿Dónde están en los famosos «trozos de vida», tan queridos á Zola, aquellas verdaderas «muestras de vida», cuyos nombres, por demás sabidos, vuelven por instinto á nuestros labios y cuyo recuerdo nos encanta ó nos oprime por tan diversos títulos? ¿Hay en las diez mil páginas de Zola un *Dominique*, una *Petite Fadette*, una *Indiana*, una *Eugénie Grandet*, un *Père Goriot*, una *Madame Bovary*, un *Monsieur Homais*, un *David Copperfield*, un *Adam Bede*, un *Prince André*, una *Boule-de-Suif*, un *Père Milon* y hasta un *Petit Chose* ó una *Sapho*? Y desde el punto de vista general, ¿tiene él un «aldeano», un «burgués», un «soldado», una «mujer de mundo», una

«cortesana», y hasta si queréis un «tendero», que quede como prototipo? Aquellos seres ficticios, alegóricos, sintéticos, *groseros seguramente, pero no por eso reales*, que no tienen verdadera osamenta individual, que no tienen alma, puesto que por *partido tomado* y por definición de escuela no deben tenerla, no son más que la falsificación de la naturaleza, no tienen más que la apariencia de la vida, y en eso responden perfectamente á lo que hemos dicho del materialismo: este es el punto en que se está bien seguro de que no engañan. Del mismo modo que las pretensiones de ciencia y métodos científicos no son más que la falsificación de la ciencia y de sus métodos, las pretensiones de filosofía, de historia, de sociología, de observación, no son más que la caricatura de unas y otras. Y verdaderamente, en *Pot-Bouille* y en *La Terre*, seres y cosas son insultos á la naturaleza, que podrían servir de castigo al materialismo y consagrar en la especie la impostura materialista. Nunca esta impostura ha sido más cruel y completamente puesta al desnudo. Desde el mero punto de vista del «oficio», mucha razón tenía Saint-Beuve al decir: «Hay puntos en que la descripción que se prolonga traiciona el fin, no digo del moralista, sino de todo artista serio... La verdad, por lo demás, si no se busca más que á ella, no está completa y necesariamente del lado del mal, de la tontería y de la perversidad humana». ¡Y pensar que Saint-Beuve no ha podido